

EL MAK, LA MEDIDA REBELDE DEL TIEMPO
Y DEL ESPACIO DE LOS MAYAS QUICHÉ

Chakceel Rah

“Grande es el trabajo
el relato, también, de cuando se ha acabado la formación
de las esquinas de todo el cielo
la tierra
la formación de las cuatro esquinas
su medición
la cuádruple ubicación de los palos
el doble cercamiento con cuerdas (mak)
la tensión de lazos en el cielo
en la tierra
las cuatro esquinas
los cuatro costados, así se dice por parte de Tzâqol”

Popol Wuj, primer episodio

Nací en un pequeño pueblo maya, a una hora de distancia de Champotón, Campeche, donde los cambios del paisaje definen el tiempo de siembra en aquellas porciones cuadradas de tierra, su cosecha, su ritualidad, su orden y donde el cambio de la luz define cuando el tiempo y el sol se detienen.

Solsticios y equinoccios son las primeras llamadas para observar la danza cósmica de nuestra estrella, que nos guía en ese vaivén bien coordinado por los confines de una extensión aun no entendida de la galaxia.

El paso cenital es otro fenómeno en el cielo que sucede dos veces al año en las franjas geográficas llamadas Trópicos, situadas en ambos lados del ecuador de nuestro planeta azul, la Tierra.

El territorio mexicano es uno de esos lugares favorecido por esta ubicación geográfica que delimita con latitud y altitud la riqueza de la imaginación de un pueblo observador de las edades de la luna, las andanzas del conejo en medio de constelaciones, lluvias de estrellas y las caminatas en el firmamento del perro y el venado azul, todo esto, a la sombra del Tzite, el árbol que predice el futuro.

Para observar y registrar de manera más evidente estos fenómenos, los antiguos mayas colocaban, aun se sigue haciendo, un elemento vertical llamado Tot'am (el abuelo protector) en medio o en algún lugar particular del kool, la milpa.

La sombra del Tot'am les permitirá medir las estaciones y los ciclos para poner la semilla del maíz dentro de las fauces de la tierra negra, casi con la precisión de un mecanismo de reloj, el maíz y otros alimentos completarán su ciclo de crecimiento y madurez para darle forma a su dieta y a su cosmovisión, espacio y tiempo.

La palabra MAK es el nombre de una veintena del calendario anual de los antiguos mayas, corresponde al ciclo intermedio entre los meses de marzo y abril, pero también será la medida con la cual delimitarán la extensión de la milpa. Un mak equivale aproximadamente a una unidad de 70 centímetros del sistema métrico que utilizamos hoy en día. Esta extensión de tierra cuadrada para sembrar y llevar conteo del tiempo es equivalente a 20 x 20 veces la medida de una unidad mak.

Es el año 1820 en Totonicapán, Guatemala, las tierras altas del mundo maya, habrá un levantamiento armado del grupo étnico maya quiché (el grupo de donde yo provengo), un episodio violento, uno de tantos, marcado con sangre y

fuego en las memorias de mi pueblo a lo largo de los últimos tres siglos.

Este levantamiento tendrá lugar en el tiempo de la veintena mak, la época seleccionada para limpiar los campos de siembra. Para algunos, el levantamiento fue realizado por unos “indios revoltosos” que no se alinearon con las nuevas imposiciones de medición del tiempo y la división física de su territorio, pero la oralidad de mis abuelos dice que fue por intentar pedir a la Corona de España volver al calendario maya, el haab que es equivalente al año solar de 365 días y otros calendarios que dan dimensión en tiempo y espacio a nuestro tránsito, a nuestra exploración, esencial para entender el paisaje, la extensión del territorio durante el rito, el entendimiento de la carga de contar sus ciclos, el cosmos donde ellos habitaban y seguimos habitando.

Esta rebelión fue sofocada después de varios ciclos lunares y se intentó borrarla de los anales de la historia del aquel territorio y de nuestra memoria, sin embargo la palabra mak se re-significó y mis abuelos se llamaron a sí mismos “RI MAK”, los mak, los rebeldes, los disidentes, los protagonistas de aquel levantamiento. La guerra de los mak fue hecha para reclamar la medida de su tiempo y su concepción del mismo con una psique que enlazó y creó mitos para explicar el concepto de “tellus nostra”, nuestra tierra.

Ser mak es buscar poesía en el cambio de la luz del paisaje que habitamos incluso si no es el que caminaron nuestros abuelos, es resolver matemáticas prácticas y generar geometrías a veces ocultas y algunas veces a manera de hitos arquitectónicos para el mapeo de su extensión.

Halos de luz en el cenit, diminutas gotas de agua enlazadas a manera de lienzos translúcidos llamados arcoíris, la aparición de las flores amarillas del Iya en la planicie del pueblo de Santo Domingo, los poemas de Venus en el mes de mayo y nubes con el color de las lluvias, serán poesías visuales para la memoria de todas las generaciones mayas que han caminado a lo largo de esos paisajes.

El árbol cósmico, ri ixkik, o la vía láctea en castellano, será otra referencia visual de lo sagrado en el cielo que los antiguos Canek, (no, no es un nombre, es la manera en que se les llamó a los observadores del cielo estrellado, llamados hoy en día astrónomos) asimilaron y registraron en antiguos códigos, libros de la memoria del infinito y sus acertijos. Les asignaron una narrativa precisa

e imaginativa, un legado que yo recibí de parte de mi Abuelo, un charpat, un pescador tanto de fauna marina como de historias que el conejo lunar le susurraba en las lunas nuevas de agosto.

Mi abuela, una batzbah, mujer que hila historias, le dio color y registro a esas narraciones con la fuerza de sus manos, silentes y elocuentes a la vez, con un manejo diestro del telar de cintura, creando textos que, como sus abuelas le enseñaron, sirven para vestir nuestra alma y saludar a la luna, el sol y a un universo en movimiento perpetuo.

Para mi abuelo y mi abuela, ser mak es entender el espacio físico, el significado de sus cuatro esquinas donde se desarrolla el ritual a través de las matemáticas, una proyección del orden que existe sobre sus cabezas, el ajchikaj, lo celestial como lo llaman ellos. Es ciencia en su forma más simple a través de la observación.

Apreciaron que lo sagrado está en sus asentamientos y la disposición de su casa, ligada a la milpa y a las tierras rojas y las tierras negras.

Las montañas, los cenotes, ríos y manglares son sus fractales y se contrastan con el trazo ortogonal de la arquitectura de los templos, hecha por el ímpetu de medir el paso del tiempo y evitar la duda, el caos.

Lo sagrado da orden y determina el territorio geográfico y lo socializa para que lo preservemos en poesía y memorias.

Uj Mayb, somos mayas

Uj Mak, somos mak

Uj nabal, somos memorias

Uj nabalil, somos poesía

Maltyox, gracias